

GABRIEL SALAZAR Y JULIO PINTO
HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE CHILE: TOMOS I Y II
Santiago de Chile. LOM Ediciones, 1999

A mediados de 1999 apareció *Historia contemporánea de Chile*, obra de los historiadores Gabriel Salazar y Julio Pinto, en conjunto con un grupo de historiadores más jóvenes. Esta puesta en circulación de una nueva (y novedosa) “Historia de Chile” suscitó una polémica en los medios de prensa. En el fondo de esa polémica se encuentran posturas distintas frente a la historia como disciplina y frente al lugar que ocupa *lo social* en nuestra historia contemporánea. La opción teórica y la propuesta de los autores de este libro consiste en considerar la historia nacional *desde* los ciudadanos, quienes serían los reales protagonistas de ella, un punto acerca del cual se aprecian sus diferencias con otros historiadores considerados dentro de la corriente de la historia social. Es el caso de Sergio Villalobos, quien cuestionó el protagonismo asignado al ciudadano común en este trabajo.

Al contrario de Villalobos, Salazar y Pinto adoptan una postura radical, que considera lo social de acuerdo con sus implicancias políticas nacionales y como un espacio compuesto por sujetos con potencialidades de construcción y de cambio. No conciben ellos lo social como accesorio de las estructuras políticas y económicas preexistentes, sino como un factor fundamental en la construcción de esas estructuras, ya sea negándolas, temiéndolas o derrotándolas.

La vertiente de la historia social popular ha tenido un vasto desarrollo en las últimas décadas, período en el que se produjeron una serie de estudios de casos, los que en su conjunto han contribuido a reinterpretar la historia nacional. Gabriel Salazar y Julio Pinto forman parte de esta tendencia, por lo que no sorprende que sean ellos quienes a fines de los años noventa nos ofrecen una obra que sistematiza esta producción de estudios sociales, y no tanto en términos de los contenidos específicos (en los cuales pueden existir diferencias), sino por la lógica de análisis subyacente.

Como podrá advertir el lector, esta historia de Chile se presenta en un formato distinto al acostumbrado en las “historias de Chile” más típicas (estrictamente cronológico y centrado en el protagonismo de los próceres militares y políticos). Esto, porque hasta la aparición del texto que comentamos, el relato de la historia

nacional se encontraba monopolizado por la historiografía conservadora, que tendió a identificar la historia de la elite con la de la nación, negando su carácter partidista bajo apariencias de objetividad científica.

En cambio, se ofrece aquí un tipo de relato que es consecuente con la opción epistemológica que hemos señalado: una historia escrita *desde* los actores sociales; la totalidad vista *desde* lo particular; la sociedad o comunidad nacional concebida como un conglomerado humano heterogéneo, compuesto por sectores que difieren en vivencias, recursos, cultura e intereses. El conflicto entre sectores constituye la génesis de los procesos históricos. En esos conflictos es posible advertir la diversidad no solo de intereses, sino también de visiones e incluso de proyecto, lo cual queda impreso en una lógica de acción y de pensamiento que difiere de la lógica institucional que hoy se nos presenta como la única existente.

Otra característica de esta *Historia contemporánea de Chile* es su vigencia, pues gira en torno a problemáticas que constituyen tema de debate en la actualidad y a propósito de las cuales el estudio del pasado presenta mayores posibilidades de reflexión y análisis. A partir de las consecuencias sociales y políticas de esta propuesta, lo que se observa es un concepto de la disciplina que no se autoconfina al pasado remoto ni niega importancia al escenario social contemporáneo. La visión actualizada del conocimiento histórico se refleja en la discusión y en las hipótesis que se ofrecen, sin remitirlas al relato de los hechos (lo factual como base de la disciplina, pero no como un fin en sí). Para remitirnos a lo que dicen los autores en la introducción, ellos entienden la historia como un proceso abierto, plagado de verdades inciertas.

Todos estos factores son los que “rompen” finalmente con el esquema tradicional del relato de tipo enciclopedista. El eje de la problematización permite dibujar líneas de interpretación, que se superponen a los hechos y a la coyuntura, haciendo un uso flexible de la cronología, situación que hace más expedita la comprensión de los problemas que se plantean y la discusión con los autores, los que dejan en claro sus posiciones e interpretaciones en cada página.

La densidad, por ende, radica en la discusión, no en la cantidad de información y de datos, como lo adelantan Salazar y Pinto. “Esta no es una obra diseñada para ‘contar’ la historia de Chile [...] Ni nos hemos propuesto escribir una historia general, que incluya ‘todo’ acerca de los procesos que han determinado y determinan lo que hemos llegado a ser como sociedad” (p. 7).

Lejos de “contar”, lo que ellos hacen es interpretar, para lo cual emplean una serie de herramientas teóricas que permiten reconceptualizar procesos a partir de la dinámica social. Aparecen como ejes conceptuales términos como *ciudadanía*, *legitimidad* y *soberanía*, señalados por los autores como conceptos sociales desde los cuales resultaría posible interpretar el devenir político y económico, y oponiéndolos

a otros términos esencialmente políticos, entre ellos, los de estabilidad y gobernabilidad.

Son estos conceptos los que dan coherencia a una propuesta que ha ido ganando terreno en las ciencias sociales. El deslizamiento teórico hacia los sujetos (como categoría analítica pero también considerando que se trata de seres de carne y hueso) llena de un contenido nuevo estos términos, “aterrizándolos” en relación con procesos contemporáneos (por ello la relectura del pasado). Un ejemplo clave lo constituye el concepto de soberanía, hasta hace poco apropiado unívocamente por la lógica institucional para defender la integridad del territorio y las instituciones del Estado. En esta obra, en cambio, se sostiene que la soberanía es una propiedad del ciudadano; que en una historia llena de conflictos, ella ha sido negada y expropiada por los poderes centralizadores del Estado. El problema es contemporáneo y gira en torno a dos lógicas que quedaron en evidencia a partir de la detención de Pinochet en Londres, acontecimiento que provocó un debate interesante en los medios de comunicación, con argumentos que discutían la fuente primaria de la soberanía (estatal o ciudadana).

Por este motivo, Gabriel Salazar se atreve a identificar la ciudadanía como un derecho humano fundamental y un espacio del cual emana la legitimidad. El Estado, en cambio, desprovisto de la legitimidad social, ha recurrido históricamente a su invención más importante: la legalidad.

Si bien se considera en los dos tomos a la ciudadanía como *un actor* en la historia nacional (junto al Estado y al mercado), no se pasa por alto su complejidad, ya que se trata de un actor social muy heterogéneo en su composición interna, lo que ha presentado dificultades de cohesión en distintas coyunturas.

La ciudadanía o sociedad civil se nos presenta como un espacio complejo, rico en visiones e identidades. El libro de Salazar y Pinto se propone introducir al lector en esa complejidad, especialmente en lo que toca a los sectores populares que mayoritariamente componen la sociedad civil, a los cuales no se victimiza con el relato de las miserias que han padecido en los siglos XIX y XX. La pobreza y la exclusión (social y cultural en el caso de las etnias y de las mujeres) aparece como una experiencia de vida que favorece la constitución de actores sociales que son portadores de una identidad, una visión de mundo y un potencial de acción importante.

De este modo, se analizan distintos procesos a partir del tipo de participación que tuvo en ellos la sociedad civil, ya sea por su marginación de las decisiones nacionales, por sus respuestas a ellas (generalmente “estallidos” y confrontación directa), o bien, por sus fases de “empoderamiento”, en palabras de Gabriel Salazar, cuando esta sociedad civil ha desplegado capacidades de todo tipo que se han reflejado incluso en propuestas. Un ejemplo es la coyuntura rebelde de los municipios en

el siglo XIX, movimiento provincial cuyas reivindicaciones contenían un proyecto propio de gobierno comunal, que tenía como horizonte la recuperación de la soberanía ciudadana en el ámbito donde se inicia y mejor se practica: la comunidad local. En otro momento, destaca Salazar la Asamblea Constituyente, convocada por el movimiento popular en marzo de 1925 (trabajadores, intelectuales, etc.), espacio del que emanó una propuesta de organización estatal de base gremialista (poder legislativo integrado por representantes elegidos de los gremios), diferente a la base político-partidista que consagró la Constitución de 1925.

Esta *Historia contemporánea de Chile* se presenta en dos tomos (de un total planeado de cuatro). El primero lleva como subtítulo “Estado, legitimidad, ciudadanía” y se centra en el proceso de construcción del Estado. Con esto los autores se introducen en un terreno plagado de mitos, favorecidos por el discurso justificatorio que la clase política chilena elaboró durante el siglo XIX y por la historiografía conservadora de la primera mitad del siglo XX. El resultado de este esfuerzo discursivo oficial ha sido tender un manto de homogeneidad sobre nuestro pasado reciente, sosteniendo un concepto ahistórico de Estado: “Para muchos, el Estado no es una ‘construcción histórica’ o un artefacto producido por la sociedad, sino, más bien, una entidad cuasi metafísica y supra-social que, como un Demiurgo, fabrica la sociedad, reduce la ciudadanía a un permiso jurídico y monopoliza el protagonismo histórico” (p. 19).

Este tema se trabaja a partir de un doble problema histórico: cómo se ha construido el Estado en Chile y cuál ha sido el tipo de participación que la sociedad civil ha tenido en dicho proceso. Exponiendo una serie de argumentos, Salazar y Pinto concluyen que en Chile el Estado se construyó al margen de la sociedad, excluyéndola y reprimiendo toda disidencia. Se ha negado así la diversidad social existente en el país, advirtiendo en ella una amenaza al proyecto “nacional” de la elite, para quien el Estado pasaría a constituir, desde 1833, un instrumento de clase.

Lejos de la visión tradicional, que coloca a Diego Portales como el artífice de una estabilidad admirada en todo el continente, en esta obra se sostiene que la consolidación del Estado duró en Chile más de un siglo, siendo la estabilidad social un sueño más que una realidad durante ese período. Para una gran parte de los sectores sociales del siglo XIX la lógica estatal y el discurso nacional fueron temas ajenos e incluso molestos. Los actores sociales de entonces se manejaron con una mayor autonomía social, haciendo un uso más frecuente de su soberanía.

Reconocen Salazar y Pinto un decaimiento de la sociedad civil en el transcurso del siglo XX, período durante el cual la dinámica de la participación se fue haciendo cada vez más dependiente del Estado. La consolidación de éste y el predominio del mercado en las últimas décadas son factores que permiten aventurar una explicación. Fundamentalmente, habría sido el tipo de construcción estatal el que

logró reducir la autonomía que la sociedad civil había desplegado en el siglo anterior. En la medida en que la conducción de la oligarquía entró en crisis, el Estado se reformuló con nuevos sectores sociales en el poder político, cuyo logro fue crear “espejismos” de participación para la ciudadanía (a través del voto, una retórica integradora y el inicio del corporativismo). El resultado fue, a la postre, la reducción de la ciudadanía a una lógica peticionista, dependiente de las instituciones públicas, en menoscabo de su soberanía.

Desde entonces ha existido una sociedad civil arrojada a su propia experiencia en la solución de sus problemas más urgentes, pero de incidencia política limitada: “a la sociedad civil –o a la gran masa ciudadana, si se prefiere– se le ha impedido, o no ha podido ella misma, madurar como ‘comunidad política’. La ‘participación’ de los ciudadanos, no solo en las coyunturas constituyentes –como se vio– sino en el proceso político regular, ha sido débil, limitada, o inexistente” (p. 88).

El segundo tomo del libro, “Actores, identidad y movimiento”, coordinado por Julio Pinto, se ocupa del problema que plantea la participación de los distintos actores sociales en la historia del país. Poniendo énfasis en los sectores populares, Pinto desarrolla una visión de conjunto. Sin entrar en largas descripciones, se sintetizan los problemas de cada sector en su articulación como actor social y las proyecciones políticas que ellos tienen, mostrando al lector la enorme complejidad que encierran en su interior las elites, los sectores medios y los sectores populares, identificando actores tradicionales y a otros emergentes.

En este tomo se lleva a cabo además una discusión interesante en torno a las posibilidades y dificultades que presenta el análisis de lo social, calificando como propias de este ámbito las que Pinto denomina “identidades intermedias”, es decir, aquellas que se encuentran entre el individuo y el Estado homogeneizador. Es decir, lo que el sujeto es capaz de crear actuando en comunidad, por ejemplo, identidades donde se articulan la memoria, los desafíos y los proyectos (de vida e incluso de país).

Un análisis de lo social que se centra en los actores comprende la lógica de acción de éstos, ya que una mirada estructural los simplifica e incluso los omite. Por ejemplo, la perspectiva de clase, que diluye en los sectores populares a aquellos actores que, perteneciendo a una clase, no se desenvuelven necesariamente con esa lógica. Entre ellos, las mujeres populares, los pueblos indígenas y los jóvenes.

En relación con este punto, es notorio el esfuerzo de Salazar y Pinto por reflejar en su análisis el dinamismo de los actores, dinamismo que se hace evidente en la producción de identidades que no dudan en ser reformuladas al ritmo de los cambios estructurales, pues se trata de un recurso de adaptación. Con este fin, Julio Pinto señala la flexibilidad teórica como una necesidad que se impone para comprender la complejidad de la acción social: “Una buena historia social, a nuestro entender, debe

dar cuenta tanto de la estructura como de la transgresión; de lo que tiende a la permanencia como lo que promueve el cambio” (p. 8).

En nuestra opinión, la *Historia contemporánea de Chile*, de Salazar y Pinto, viene a llenar un vacío importante. Con este libro, se coloca a la historia social-popular en un sitio público, con posibilidades de trascender los círculos académicos. Por lo mismo, es importante que se ponga de manifiesto en este trabajo la relación tan sensible de la disciplina histórica con la política. Si bien aludimos en el inicio de esta reseña a las diferencias teóricas de esta corriente con la historia conservadora, en el fondo sigue estando presente el tema de los intereses y el proyecto de país. La historia conservadora ha sido, durante todo el siglo XX, la oficialización académica del proyecto nacional-homogeneizador, de gran influencia social si consideramos que parte importante de la población se ha relacionado con ella en el sistema escolar. En la historia de Chile que estamos comentando, la línea teórica y los propósitos políticos también presentan un límite difuso, aunque están explicitados por sus autores: “Esta Historia quiere asumir los problemas históricos de Chile desde la urgencia reflexiva del ciudadano corriente. Es éste –por ello– el sujeto, actor y destinatario principal de este estudio. Los problemas se han querido percibir y reconstruir desde su perspectiva” (tomo 1, p. 8).

Creo que Salazar y Pinto apuntan a una necesidad real, que podemos percibir en distintos espacios sociales contemporáneos (mujeres pobladores, grupos de jóvenes, trabajadores, etc.). Los profundos cambios ocurridos en las últimas décadas han borrado todo marco de referencia. Por lo tanto, existe una falta de reflexión social y política que considere estos cambios con la misma profundidad con que ellos han modificado nuestras vidas. Por el contrario, aún se observa en Chile la existencia de una cultura política que coloca en el centro al Estado y la clase política, promoviendo la actitud peticionista y de eterno peregrinar por las instituciones públicas (caldo de cultivo para el clientelismo, como se observó en las recientes elecciones presidenciales). Se trata de ideas que impiden advertir la importancia de la acción propia, lo que ésta significa a nivel de sistema y el potencial de cambio que contiene.

Aportes de este libro son la identificación de “lógicas” (estatal y social), la de conceptos como los de soberanía y legitimidad, la importancia de construir una sociedad que crezca en autonomía y, en fin, el examen de todo aquello que contribuye a la reflexión sobre el presente y a la conciencia del propio protagonismo, con el fin de proyectar un futuro menos dependiente. Por el momento, no existen dudas de que la obra está centrada en los ciudadanos, solo basta saber si puede dirigirse a ellos realmente, como lo pretenden sus autores. El lenguaje y el estilo nos hacen pensar que no es así, que más bien es un libro escrito para una comunidad científica en la que parece estar de moda producir vocabularios oscuros.

Pero queda clara la importancia de la historia en la contingencia política, como de hecho lo sostienen los sectores organizados de la sociedad. Esto no quiere decir que la historia esté invadiendo el ámbito político y el tiempo presente. Al contrario, se complejizan estos ámbitos con argumentos que contemplan un lapso más largo y que reposicionan el saber histórico con la validez social que tiene, profundizando en lo subjetivo y en lo colectivo, a partir del *sentido* contemporáneo que adquieren la reflexión y el debate sobre la disciplina.

Claudia Zapata Silva
Universidad de Chile